
El Cambiazo

Francisco A. Baldarena

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 6748

Título: El Cambiazo

Autor: Francisco A. Baldarena

Etiquetas: cuento

Editor: Francisco A. Baldarena

Fecha de creación: 13 de junio de 2021

Fecha de modificación: 12 de febrero de 2023

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Cambiazo

1

Rupertino

Rupertino levantó la vista y escrutó el horizonte, el sol ya se ocultaba y moradas nubes de frío llegaban desde el sur.

Dentro un poco y me adentro al rancho, le dijo al aire. Luego se escupió las manos, las frotó con ganas, empuñó el hacha y siguió con su labor, haciendo volar astillas entre golpe y golpe mientras la pila de leña crecía, prometedora de rancho caliente para pasar la noche. En eso estaba cuando se acercó el patrón.

—Diga, pues, don Zoilo —dijo, suspendiendo la trayectoria de un hachazo.

—¿No has visto al tobiano, vo? —preguntó don Zoilo, paseando la vista de un lado a otro del campo, más allá de los corrales.

Rupertino lo acompañó con un vistazo ligero por el campo donde no se veía ni la sombra del tobiano blanco y marrón.

—No, patrón. Hace un ratazo que no lo veo, debe andar pal monte.

Don Zoilo miró hacia el monte que Rupertino le señalaba con un gesto vago, al final de la propiedad.

—Güeno, entonces largá lo que estás haciendo y andá a ver si está allá —le ordenó el patrón, poniendo cara de preocupación.

La misma cara de preocupación tenía Rupertino, aunque por distinta razón, porque si el caballo no estaba en el monte, le iba a suceder como la última vez cuando tuvo que ir a buscarlo al campo de los Gómez, por cuenta de una yegua en celo cuyo hechizo el viento había traído hasta el pastizal donde andaba metido el tobiano. Pero ahora el problema presentado era diferente y más grave: era pleno invierno y hacía un frío machazo.

—¡Caballo de mierda! —se dijo para sus adentros. Pero sin más remedió que la obediencia sin derecho a chistar, clavó el hacha en el tronco y salió cruzando el campo en dirección al monte, al tiempo que le rogaba a todos los santos que el bendito caballo se encontrara allí. El tobiano era el preferido del patrón y él no se quedaría sosegado con un simple “Allá no está, patrón”, si por acaso no estuviera adentro del monte; y de ser así, significaba que tendría que seguir buscando bajo la noche helada hasta dar con el animal. ¿Y si no lo encontraba?, eso sí que iba a ser triste y sufrido.

Pero llegando al monte, para su pesar, solo encontró una comadreja vieja escabulléndose entre los yuyos y la total ausencia de pájaros, a los cuales los imaginó, con cierta envidia, al calentito dentro de los nidos.

—No te digo yo, si hasta los pájaros ya se han acovachao, mientras al gaucho acá se le van a congelar hasta los huesos dentro de poco —rezongó para nadie. Cuando salió de la arboleda vio el bulto del patrón, parado cerca del chiquero de los chanchos, entre la casa principal y su rancho, mirando hacia el monte. Le hizo señales de que el caballo no estaba, pero el patrón le devolvió otras señales, muy distintas a las suyas, porque eran para que siguiera buscando.

—¿Buscar ánde, viejo maldito? —rezongó para sí, mientras su mirada se perdía en la desolación de los campos, ya sin señales de vida.

Pero órdenes son órdenes y obedece quien debe, es la ley. De manera que agarró por el camino de tierra que ladeaba el

monte, rumbo a un destino incierto, maldiciendo al mal parido del insensible patrón que le había tocado en suerte.

Tiritando de frío, pues la noche impiedosa se venía abajo con impiedosa vertiginosidad sobre su humanidad, siguió errando, como ciego, por esa intemperie helada que ya le traspasaba la magra protección de las pilchas y las alpargatas. Le dolía todo, hasta la piel, y los dedos de los pies le ardieran como si caminara sobre brasas.

Ya había andado unas dos leguas cuando, costearo los campos de la estancia “La misericordiosa”, reparó que una parte del alambrado estaba roto.

—Cuatreros —le dijo a la noche helada.

A unos metros, dentro de la propiedad, creyó ver el bulto de un animal del tamaño de un caballo, pero no tenía plena certeza de ello; bien podía tratarse de una vaquillona bastante corpulenta. Aun así, y porque la esperanza es la última que muere, pensó: “Ojalá sea el tobiano”; y enseguida saltó la zanja, se metió a la propiedad y se acercó al animal, muy despacio para no espantarlo.

No era el tobiano, aunque dio en el palo. Era un caballo sí, pero blanco; blanco y manso, porque cuando llegó a su lado, el animal ni se movió.

—Y no e pa menos, con este fresquete, ¿no e, pingo viejo? —le dijo al caballo, que pareció responderle que sí, con dos sonoros chorros de vapor disparados a la noche por los enormes ollares. Pero al momento, como soplado al oído por la voz mañosa del diablo, tuvo una idea descabellada, por no decir desesperada. Entonces se sacó la faja, la pasó por el pescuezo del caballo y se lo llevó de tiro.

2

En lo del gaucho Etchegoyen

El rancho del gaucho Etchegoyen, amigo del alma de

Rupertino, casi ni se veía en medio de la noche, porque el hombre lo había pintado de marrón ladrillo, pero no a la cal, sino acrílica para impermeabilizar las paredes de barro; con lo que de día parecía un nido de hornero cocido y de noche, y sin luna, como esa, se confundía con una enorme parva de lino seco. A media cuadra antes de llegar, los ladridos de los galgos, apenas oyeron los cascos del caballo, empezaron a avisarle a los de casa que alguien se acercaba. Enseguida, la puerta del rancho se abrió; el resplandor del farol de noche irrumpió en la oscuridad como un sable de luz, cortando el patio en dos, y detrás, la sombra del dueño de casa, alargándose hasta el portón de entrada.

—Soy yo, Etchegoyen, Rupertino —anunció, alzando la voz por sobre los ladridos para hacerse oír.

A un grito de Etchegoyen, el perraje se acalló; recién entonces, Rupertino asomó la cara al resplandor de la luz.

Después de oír la historia del tobiano, el gaucho Etchegoyen dijo que no había visto a ningún tobiano suelto.

—Tal vez sea obra de los cuatreros, que andan asolando el pago —opinó, entretanto, sobre el desaparecimiento del animal.

—¡La pucha qué desgracia! Y pa peor, si güelvo sin el tobiano al patrón no le va a gustar ni un poco y me va a mandar a seguir buscando por otro lao; por eso ando con este blancuzco a tiro —dijo, señalando el caballo, y a seguir le contó al amigo cómo y dónde lo había conseguido. Después le preguntó:

—Decime una cosa, Etchegoyen, ¿te sobró un poco de pintura, de esa que pintaste el rancho?

Etchegoyen lo miró raro.

—Sí, ¿por qué? —preguntó intrigado.

—¿Qué pa qué va a hacer?, pa disfrazarlo de tobiano.

Rupertino esbozó una sonrisa blanca, como si la idea que tenía en mente fuese de una brillantez sin parangón.

—¿Tás mamao, vo, o qué?! A Etchegoyen le pareció que la idea del amigo era una reverenda bosta.

—¿No se te ha dao por pensar, que don Zoilo no se tragará el anzuelo, o crés que el hombre e zonzo?

—No, no, bruto, sí, pero zonzo de ninguna manera. Pero fijate vo, que si de noche todos los gatos son pardos, por qué los tobianos no han de parecerse entre sí también. Animado con la asociación que se le había ocurrido en ese mismo instante, los ojos de Rupertino, destacándose en la noche oscura, brillaron como dos bichitos de luz alumbrando a la par.

—¿Ajá, y cuando amanezca y vea al caballo todo pintarrajeao, con qué cuento le vas a salir?

—Güeno, mañana será otro día, Etchegoyen. ya viá pensar en algo. Por el momento solo quiero salir de este entrevero lo antes posible —contestó y, al tiro, reiteró—:

—Entonce, ¿te sobró pintura o no?

—Sí, me sobró, como pa pintar dos caballos enteros.

Entonces llevaron el caballo detrás del rancho y se pusieron a pintarlo, mientras el mayorcito de los hijos de Etchegoyen les cebaba unos amargos.

Al rato, Rupertino abandonó el rancho del amigo, con un balde de pintura en una mano y tirando del caballo con la otra. Como a media legua, antes de llegar a destino, la pintura ya se había secado por completo, por lo que el caballo empezó caminar con cierta dificultad, por causa de una mancha de pintura que le bajaba por las verijas y le tironeaba el pelaje.

—Casi estamos llegando, pingo viejo —lo calmó,

acariciándole el testuz.

Ya cerca del monte, Rupertino se detuvo, y se quedó espiando para la casa del patrón por un buen rato. Quería asegurarse de que don Zoilo no anduviera afuera. Cuando estuvo convencido de que no había moros en la costa, reanudó el paso.

Abrió la tranquera despacio, como lo haría un cuatrero avezado, y llevó el caballo al corral y, después de esconder el balde de pintura detrás de unos yuyos, fue a llamar al patrón.

—Mire, don Zoilo. Ahí lo tiene al sotreta, el muy ladino andaba metido por un callejón, cerca del río —le dijo, todo risueño.

El patrón se arrimó a la galería y asomó la cabeza, mirando hacia el corral. Al parecer la sombra del caballo lo dejó conforme, porque el hombre asintió en silencio, moviendo zonzamente la cabeza varias veces, como esos muñecos con resorte en lugar de cuello. Después le dijo:

—Güen trabajo, Rupertino. Ya podés volver pal rancho entonce. Dicho esto, le dio la espalda y entró en la casa.

—¡Ajá! Con que “ya podés volver pal rancho”. Viejo atorrante, ya vas a ver vo, lo que te espera mañana —rezongó, mientras iba a juntar un poco de leña para prender el brasero; y volvió a hacerlo al ver el hacha clavada en el tronco, tal cual la había dejado horas atrás:

—Y pa pior, ni jué capaz de guardar el hacha, el viejo sotreta ese.

Después de prender el brasero en el patio para que no le humeara el rancho, fue hasta donde el balde de pintura escondido en el yuyal.

“Listo el pollo”, se dijo, después de haber derramado lo que quedaba de pintura en el suelo del corral, alrededor del

caballo.

3

El cambiazo

Al otro día, bien temprano, don Zoilo fue al rancho de Rupertino. Cuando salió, sacándose las lagañas con los dedos, don Zoilo le señaló el corral.

—¡Mirá, Rupertino! —le dijo, con todo el asombro del mundo en la cara.

Rupertino siguió la dirección de la mano del patrón: allá estaba el falso tobiano, las partes pintadas refulgiendo bajo los primeros rayos del sol.

—¿Y eso, don Zoilo?! ¿Por qué está tan suadado, el tobiano?!—preguntó, con la cara más boba que fue capaz a esa hora de la mañana.

—¡Qué sudado, ni ocho cuartos, eso no es sudor, m'hijo, eso es pintura! —respondió el patrón, nerviosamente.

Rupertino notó que al decir aquello, don Zoilo clavaba los ojos de zorro viejo encima de él. Entonces, rápido de luces, adelantándose hacia el corral, para que el patrón no lo perturbase más con aquella mirada desconfiada, dijo:

—¡No tengo ni la más mínima idea! Y enseguida instó al hombre a seguirlo:

—Pero vamos a ver de cerca qué pasó, don Zoilo.

Los dos hombres se acercaron al corral.

—¡Mire, don Zoilo, mire el suelo! —dijo, mostrándole con las dos manos estiradas el enchastre de pintura, alrededor de las patas del caballo.

—¿Pero qué carajo ha pasado acá? —preguntó don Zoilo, mirando con perplejidad el enchastre y al caballo al mismo

tiempo, mientras luchaba en su mente para descifrar el enigma que tenía delante de los ojos.

—¡Pero no está viendo, don Zoilo! Por la noche algún sotreta le ha hecho el cambiazo —dijo, poniendo otra vez cara de bobo. Y para sacarse de encima algún posible asomo de asociarlo a la infame permuta, por parte del patrón, añadió—:

—Mire, don Zoilo, le voy a decir una cosa: si no jué obra de algún cuatrero, y que Dios me perdone por la injuria, le pasa raspando. Dicho esto y, fingiendo mirar al cielo, porque en realidad examinaba de reojo la actitud del patrón, Rupertino se persignó como cuatro veces.

El Cambiazo by Francisco A. Baldarena is licensed under a Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional License.

